

*pro justitia cor meum vulnera; si te servivi, nunc pro mercede peto vulnera.* Para que penetrados de un vivo sentimiento de su muerte, muramos á nosotros mismos, al mundo y á todas las criaturas, para solo vivir en Jesuchristo. Amen.

que la pasión de San Buenaventura; si se offendi-  
 sido fides, se pedimos por esas llagas con el espíritu  
 dido, hite por justicia nuestro corazón; si hemos  
 hagas sentir el calor de la pasión. Si se hemos ofen-  
 vado agora. Te pedimos, por única gracia, que nos  
 rogan en la amarillez del Cáliz: Señora María  
 gitudina, nuestra debilidad: socorred á los que os  
 tidas la contrición del corazón. Señora, María, mi-  
 nuestros suspiros, y sea el bálsamo que cura sus  
 males: consuelo en vuestras lágrimas, y compañía en  
 lloremos pues amargamente el origen de tantos  
 tros pecados, y los extravíos de nuestro corazón.  
 Y quien la ocasión está sin figura, sino nue-  
 mas sálvida, la mujer mas desconsolada.  
 tra. Es necesario concluir, que ella fue la madre  
 convida dignamente los dolores y aflicciones de Ma-  
 y no hay quien pueda sufragar los dolores del mar:  
 todos sus dolores. Magna est enim mater contritio tua  
 Principio, su Espo, á su Padre, su Hijo, y con él  
 trante de sus hijos. María, hite á un tiempo á la  
 de sus amigos, aquellos el honor perdido, estos  
 hogan la pérdida de sus bienes, otros la ausencia  
 tra todas las aflicciones de los hombres. Estos nos  
 el mar, tiene en sí todos los rios y riberas, así Ma-  
 Señora. Magna est enim mater contritio tua, como  
 las amarillez de María no cesan de contritar el  
 pes del mar no cesan de embalar los peñascos, así  
 que contrario declarado del consuelo. Como los gol-  
 gotas del mar son amargas, así el dolor de María  
 Magna est enim mater contritio tua; como todas las

## DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

*Qui fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.*

S. Mat. cap. 5.

El que hiciere y enseñare será grande en el reyno de los cielos.

Los libertinos, los impíos, los falsos filósofos, esos monstruos de iniquidad que en todo tiempo ha vomitado el infierno, poseidos de un espíritu de orgullo y soberbia, no solo rompen osados las barreras de la razon en orden á las verdades naturales, sino que pretenden temerarios subir por sí solos á la altura de los divinos misterios y dogmas de nuestra fé: quieren remontarse con sus vuelos al inaccesible trono de la Magestad suprema, y se persuaden poder sondear con sus discursos lo impenetrable de los Sacramentos mas reconditos: claman por la libertad de pensar, califican de espíritus débiles y apocados á los que se rinden al parecer ageno, y establecen como un principio inconcuso, que la naturaleza nos dió el entendimiento para que en todas materias indaguemos con él lo cierto, sin prestar mas firme asenso á lo que no llegamos á comprender. Recurren al exámen y escrutinio sin seguir la autoridad de la Iglesia, aun en puntos de Religion; porque este rendimiento, dicen, es una baxeza indigna de los racionales, y aun mucho mas

agena de aquella sublimidad de ingenio que es como el carácter y distintivo de los hombres grandes.

Este es el tono en que se explican los falsos sabios, que con sus detestables máximas expresadas en un lenguaje culto y brillante, han llevado tras sí tanto número de incautos. ¿Mas qué son ellos si no unos ciegos, y guías de otros ciegos? ¿Qué son si no unos verdaderos necios á quienes ha deslumbrado su misma malicia, y á quienes el ímpetu de las pasiones mas feas y vergonzosas ha precipitado en los mas extraños desbarros?

Los verdaderos sabios son aquellos que reconociendo la debilidad y flaqueza de la razon humana, se someten con ciega obediencia á creer las inescrutables verdades á que no puede alcanzar su penetracion: aquellos que en sus especulaciones se proponen por blanco la santificacion propia, la edificacion de sus próximos, y la exáltacion del divino nombre: aquellos que sacrifican gustosos todas sus potencias, sus conocimientos y sus desvelos á la fé: aquellos á quienes no tanto ilustra la sublime doctrina, quanto ennoblece el exercicio de las christianas virtudes, y no menos las predicán con su recto proceder que con sus lecciones y enseñanza: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.*

Este complexo de circunstancias admirables formó á los Atanasios, Hilarios, Ciprianos, Cirilos, Naclancenos, Augustinos, y fué el mismo que hizo lucir tan magníficamente al esclarecido, al máximo e incomparable Santo Tomas de Aquino, cuya memoria renovamos hoy con el mas tierno júbilo, y cordial reconocimiento: un Santo que obró para enseñar, y un Doctor que enseñó lo mismo que ha obrado: santísimo entre los sabios, y sapientísimo entre los Santos, porque enlazó la mas alta cien-

cia con la mas heroyca perfeccion: que habiendo logrado las mas singulares prendas, el ingenio mas penetrante, la memoria mas feliz, la capacidad mas vasta, y adquirido por estos medios el dominio en todas las facultades, todo lo consagró á la Religion Católica, y de todo se valió para propagarla, mereciendo así que se hiciese su fama sobremanera plausible: filósofo verdadero, y teólogo exáctísimo, porque no ordenó la religion á su sabiduría, sino por el contrario, su sabiduría á la religion.

Este fué su mayor timbre, y todo el fundamento sobre el qual se elevó á la eminente dignidad de ángel de las escuelas, de xefe invencible de la christiana milicia, que por sí solo bastó para contrarestar al infierno entero, de un modelo de sabios, lleno como un rio de sabiduría, que todo lo bañó y fertilizó con su riego, de un sol que comunicó sus influxos hasta los mas retirados payses del orbe, de un oráculo de la ley, por el qual se aclararon todos los puntos tocantes á nuestra creencia, y llegó á ser el Doctor de los Doctores, y el sabio de los sabios. Este fué el fundamento de todos los elogios, que tan justamente le han tributado los Pastores de la Iglesia, los sagrados Concilios, las mas célebres Universidades, y los Teólogos mas famosos que han florecido desde su edad hasta nuestros tiempos, y por lo mismo será tambien el asunto sobre que formaré yo su Panegírico, el que dividiré en dos puntos: en el primero os mostraré que Tomás se santificó á sí mismo estudiando la ciencia de la religion en la práctica continua de todas las virtudes: *Qui fecerit.* En el segundo vereis que Tomás enseñó á los hombres lo que habia aprendido en el exercicio de las mismas virtudes: *Et docuerit:* dos partes de mi oracion.

Santísima Virgen, á vos dirijo mis ruegos, para

que me alcanceis de vuestro Divino Esposo los auxilios que necesito para hacer el elogio de un Santo, que tantas veces os formó Panegíricos, dignos de vuestra grandeza. Esta es la gracia que solicito, y para esto os saludamos con el Angel

*AVE MARIA.*

*Qui fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.*

Dios que habia elegido á Tomás para colocarle sobre los muros de la ciudad santa para terror de las naciones enemigas del nombre de Israel, previno su alma anticipadamente con las soberanas bendiciones de su diestra, derramó en ella á manos llenas los dones, las gracias y los dotes, que fueron como una sagrada semilla de los prodigios que habia de obrar por su medio, fortificó su corazón desde el seno de su madre, y dirigió como por la mano sus pasiones desde su dichoso nacimiento: le dotó de una bella índole, de un entendimiento claro, de un espíritu ilustrado, penetrante y universal, de unas inclinaciones benéficas, y de un candor natural, que fueron otros tantos presagios de los admirables progresos que haria este vaso de elección casi desde los primeros pasos de su infancia.

Italia vió nacer á principios del siglo trece á este hombre extraordinario, que habia de ser gloria de su patria, honor de su sagrada Religion, y consuelo de toda la Iglesia. No se gloria menos la Europa de haber dado al mundo un Tomás, que la Africa de haber producido un Augustino, Asia un Chrisóstomo, Dalmacia un Gerónimo, Francia un Bernardo... Los héroes nacen en todos los países de la tierra: apenas los vislumbres de su razón na-

tural penetraron las nubes de su infancia, cuando ya empezó á caminar con pasos de gigante: á la sombra de unos padres igualmente ilustres por su piedad y por su nobleza, oyó desde sus tiernos años, como otro Samuel, las palabras del Señor, y se llenó de aquel espíritu que algun dia le habia de hacer tan respetable en toda la Iglesia: en una edad en que los demás niños apenas se conocen á sí mismos, volvió sus ojos á Dios como David, y le ofreció el sacrificio de la mañana de su vida, levantando al cielo sus tiernas é inocentes manos llenas de fervorosas oraciones, y desde el mismo punto en que amaneció su razón, su única curiosidad fué el deseo de conocer á Dios, su mayor ansia el servirle, su consuelo amarle, y su temor ofenderle.

Encargado á los cinco años de su edad á la direccion de los hijos de Benito, se anticipó á los cuidados de aquellos piadosos solitarios por la feliz disposicion que habia en su alma, y fueron tales los progresos que hizo, baxo su conducta, que excedieron á las grandes esperanzas que de él habian concebido: moderado en sus conversaciones, humilde, circunspecto y exáctísimo en el cumplimiento de sus obligaciones, manifestó desde aquel tiempo una madurez igual á la de los mas ancianos: apenas pudo fijar el pie, quando caminando por las estrechas sendas de los preceptos evangélicos, practicó las heróycas virtudes en una edad todavia imperfecta, y muy presto fué con su exemplo la admiracion de aquellos célebres Monges que estaban destinados para ser sus maestros.

Pero el Monte Casino era un teatro muy corto para poder contener los vuelos de su agigantado espíritu. Tomás cumple los catorce años de su edad, y al punto forma la resolucion de abrazar el estado religioso: las mas lisongeras esperanzas de una

casa ilustre, hereditaria de los Príncipes Normandos y de los Reyes de Sicilia y Aragon, son pequeños embarazos para este jóven héroe: los brillantes adelantamientos, que sus prendas é ingenio singular le prometen, son incapaces de detenerle: todos los atractivos que el mundo lisonjero le presenta, no le hacen fuerza: nada le parece digno de consideración y aprecio, y hasta los mismos vínculos de la carne y de la sangre los mira con desden.

¿Y adónde os parece, católicos, que irá á sepultarse esta casta paloma, esta inocente víctima, para vivir segura de los insultos de un mundo corrompido? ¡Ah! esta fué la feliz época en que el ilustre Orden de Predicadores vió asomarse sobre su horizonte un nuevo fenómeno, que algun día habia de esparcir sus resplandores en todo el orbe: Tomás elige el sagrado instituto de mi gran Padre Domingo: baxo sus auspicios se resuelve á profesar una regla, que admiró á los Sumos Pontífices, que estremeció á los primeros que tuvieron el valor de profesarla, y que solo su querúbico autor pareció capaz de observarla.

Una resolucion tan inopinada en un jóven heredero de los Condes de Aquino, pasmó al mundo, sorprendió á la Condesa su madre, y puso en movimiento á sus dos hermanos Andulfo y Raynaldo, que militaban baxo el estandarte de Federico: prontamente se dirigen éstos á la capital de Roma, persuadidos á que triunfarian del inocente jóven con tanta mayor facilidad, quanto era mayor la flaqueza de su edad: apuran quantos ardidés puede inspirar una pasion ingeniosa para seducirle: emplean todo el artificio de las caricias, de los halagos, de la ternura, de las lágrimas y de la autoridad para ablandar su constancia.

¿Qué hará Tomás, á vista de una madre y de

unos hermanos, á quienes mira con profundo respeto, al mismo tiempo que los ama tiernamente? Oid, jóvenes del mundo, la incomparable respuesta de este nuevo Angel de las Escuelas. ¿Será posible, les dice, que yo deshonre mi nacimiento, mi persona y mis talentos? ¿Será posible que mi nombre solamente hubiera de ser famoso por la memoria de un delito? ¿He de haber yo guardado hasta aquí tan grande fidelidad á mi Dios para violarla del modo mas indigno, y hacer mas ruidosa mi infidelidad? No es posible que yo me haga cómplice de un afecto, que jamas tuvo en mi corazon la preferencia: nunca se dirá que Tomás manchó su nombre con esta infamia, ni que cometió tal perfidia contra su Dios.

Irritados sus hermanos con tan generosa resistencia, inmediatamente mudan el amor en ódio, su confusion los induce al furor, y viendo que no podian ganar á nuestro jóven con caricias, recurren á las amenazas para vencer su valor, ó vengarse del desaire: encierran, como los hermanos de Josef, á este nuevo Benjamin en la obscura torre de un castillo; y á esta extraordinaria violencia añaden el último y mas infame ardid, que les sugirió su despecho: se valen de la venal hermosura de una muger prostituta, introducen esta furia infernal en la prision donde estaba el inocente jóven, para exponer á su saña su castidad, lisonjeándose de que sería infiel á su vocacion, porque perderia su pureza.

¡Qué combate tan terrible! Los lisonjeros encantos de una muger licenciosa facilmente pueden engañar á un inocente jóven con sus atractivos: el fuego de la edad juvenil le pone en peligro de seguir el ímpetu de las pasiones: la dura prision en que se halla, le imposibilita la fuga: la obscura so-

ledad del calabozo alienta su apetito, y oculta su pecado. ¡Qué peligro tan inevitable! Sanson, aquel terror de las naciones incircuncisas: David, aquel jóven de tanto valor, que postró á sus pies al soberbio gigante: Salomon, aquel héroe de la sabiduría en circunstancias menos estrechas, fueron despojo vil de la sensualidad. Pero no temais, católicos, porque el valor de Tomás excede á nuestras esperanzas: él renovará aquellos prodigiosos rasgos de castidad, que aplauden los libros sagrados en la incomparable Susana; aquel triunfo de pureza que admiró el Egipto, en Josef; y la Betulia en la valerosa Judit.

El se armará con un generoso furor para arrojar de sí aquella infame muger, y el peligro que os parece tan alagüeño será el mayor trofeo de su victoria. Si, señores, Tomás, este nuevo Querubin, arma su brazo con una espada de fuego, y arroja del paraíso de su corazón á aquella Eva pecadora, que pretende osada robar el inocente fruto de su pureza: toma en su invicta mano un tizon, que le previno la casualidad, y retirando con su llama el fuego lascivo ensalza el resplandor de su pureza con el mérito de su victoria: con ésta de tal modo se mudó la naturaleza de su cuerpo, que no sintió mas combates su castidad. Espíritus celestiales que fuisteis testigos incontestables de la lucha de este Angel en la tierra, baxad desde las mansiones de vuestra felicidad al tenebroso teatro de su combate, purificad la carne inocente de Tomás con vuestra pureza angélica, ceñidle con el cingulo de una castidad perpetua, y formad una metamorfosis de su naturaleza carnal en vuestra substancia espiritual.

Coronado Tomás de laureles, y restituido á su libertad, después de una larga prision, sigue los im-

pulsos de su espíritu, toma alas como de paloma, vuela á Nápoles y abraza el sagrado instituto de Domingo. Allí, muerto al mundo y á sí mismo, ratifica de nuevo sus santos propósitos, y se excita sin cesar al cumplimiento de su vocacion: allí recoge las reliquias del espíritu de su querúbico Padre, para renovarle en sí mismo: allí bebe en las fuentes de la disciplina monástica las reglas del fervor y de la penitencia christiana, para aprender á ser santo, y dexar después de sí un modelo perfecto de santidad: allí, postrado sobre los sepulcros de aquellos primeros profesores de su santa regla, se confirma en el designio de morir enteramente al mundo, y vivir solo oculto con Dios y con Jesuchristo: allí su abrasado espíritu subiendo como el Profeta de virtud en virtud, llega á ser en breve tiempo tan humilde como David, tan manso como Moysés, tan benigno como Josías, tan paciente como Job, tan mortificado como Pablo, tan casto como Josef, tan caritativo como Tobias: no hubo sentido en su cuerpo, pasion en su alma, pensamiento en su espíritu, ni deseo en su voluntad de que no hiciese á su Criador una verdadera víctima, y un perfecto sacrificio: de este modo la soledad de los claustros de Domingo fué para él la escuela de ciencia y de santidad, donde purificándose su espíritu, y separándose, en cierta manera, de su cuerpo, se hizo mas capaz de recibir las impresiones de la gracia.

De este modo... pero sigamos á este héroe á los lugares á que le destina la obediencia. Colonia es el primer teatro donde empieza la carrera de las letras, baxo la disciplina del grande Alberto; y sus primeros ensayos fueron la admiracion de sus condiscipulos y maestros: trasplantado luego á la Universidad de Paris se descubren y perfeccionan sus raros ta-

lentos: París era en aquel tiempo el centro de la emulacion, porque lo era de los ingenios: la fama de los maestros atraía á aquella Universidad una multitud de discípulos, los que convertidos en oráculos de Italia, Alemania é Inglaterra, llevaban á todos los países de Europa la fama de una Universidad, que debe su nacimiento á Carlo-Magno, y sus progresos á todos los Príncipes sucesores de aquel Monarca en el trono de Francia.

Inmediatamente que se presenta Tomás en aquella universidad, se adquiere una inmortal fama, no tanto por su aplicacion, quanto por la extraordinaria facilidad con que explica las ciencias mas abstractas: apenas empieza á aprender, quando publicando la fama sus singulares talentos, es condecorado, á pesar suyo, con la borla de Doctor. Luego que empieza á explicar al Maestro de las Sentencias, aplaude aquella famosa Universidad su clara y sana doctrina: luego que interpreta los arcanos de la religion, los Teólogos mas consumados le respetan como á uno de aquellos felices fenómenos, que con sus sabias lecciones van á hacer renacer universalmente el gusto de las ciencias sagradas, y á hacer salir del seno de la indolencia un fuego rápido, cuya llama volará por todos los países del mundo christiano.

En medio de tan agigantados progresos, y de una aclamacion universal, solamente él, semejante á Moysés, ignoraba los resplandores con que brillaba: Dios, que le habia dotado de un talento universal, le concedió al mismo tiempo un corazon humilde: jamás cupo en él aquella infame emulacion, que pretende ser preferida á todos, y que gusta de hacerse admirar á costa de la ignorancia de otros: jamás se le vió apetecer vanas distinciones, ni desear las alabanzas que en la realidad se le debian. La

humildad que se habia hecho dueña de su corazon, le hacia apetecer con ansia los desprecios, y semejante al Apóstol de las gentes, se tenia por el perisema de los claustros: la humildad le hacia abandonar los estudios mas sublimes por ocuparse en los oficios mas baxos, y en los ejercicios mas humildes de su orden; y olvidándose del esplendor de la casa de sus padres, solamente tenia presente que era hijo de Domingo: amaba á sus iguales, veneraba á sus mayores, honraba á sus hermanos como á sus maestros, y obedeció muchas veces á los preceptos de sus inferiores: la humildad le enseñó á huir con igual constancia de los puestos eminentes de su religion, y de las dignidades de la Iglesia. La heroyca renuncia que hizo del Arzobispado de Nápoles, con que le brindó Urbano IV, y el amor que tuvo á vivir siempre sujeto á la obediencia, son pruebas convincentes del temor que tenia de verse elevado, y de lo mucho que cuidaba de ocultar su mérito.

Era tan humilde, que apenas cabia en sí mismo, y aunque al parecer no se empleaba mas que en actos de humildad, miradle en la Cátedra, y le vereis discurrir con general aclamacion por las Universidades de Roma, Nápoles y Bolonia, esparcir nuevas luces sobre aquellas célebres academias, plantar un nuevo método de discurrir, y dar á la sagrada teología aquella nueva claridad que la hace mas perceptible en su magestuosa obscuridad: todas le admiran sucesivamente, oyen las palabras de verdad que salen de su boca, y en todas las academias recibe su doctrina unos mismos aplausos y elogios; en todas ellas le admiran, porque cada uno de aquellos sabios teólogos reconoce en sus discursos la fé de sus padres, y se convence mas y mas con las pruebas sólidas, nerviosas y evidentes que oye á este nuevo Angel.